

Diario de un daltónico: Madrid 1996-2000

de Sergio Núñez Vadillo



Diario de un daltónico: Madrid (1996-2000)

Sergio Núñez Vadillo



2010. Sergio Núñez Vadillo

Portada diseño: Celeste Ortega (www.cedeceste.com)



Licencia Creative Commons

Edición cortesía de www.publicatuslibros.com. Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).

No puede utilizar esta obra para fines comerciales. Si altera o transforma esta obra, o genera una obra derivada, sólo puede distribuir la obra generada bajo una licencia idéntica a ésta. Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.

Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor. Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor.



Publicatuslibros.com es una iniciativa de:



Íttakus, sociedad para la información, S.L.

C/ Sierra Mágina, 10
23009 Jaén-España
Tel.: +34 902 500 421
www.ittakus.com

Capítulo uno

Se suele decir que la vida merece la pena por esos momentos de felicidad y diversión que pasamos junto a las personas queridas: familiares y amigos, pero siempre hay momentos que nunca se olvidan y se mantienen en la retina a lo largo de los años. Momentos inolvidables e insólitos que recordamos con melancolía o nostalgia anhelando tiempos mejores que no volverán a pasar. De ahí que se diga que cualquier tiempo pasado siempre fue mejor.

Es por ello que, en mi caso particular, recuerdo siempre con especial cariño los años que pasé en Madrid estudiando a finales de los 90 coincidiendo con mi incursión en la veintena de años. Hasta la fecha de hoy, esos han sido los años más felices de mi vida.

De entre todas las circunstancias acaecidas y la multitud de personajes conocidos, he de destacar, especialmente, a un personaje insólito e inolvidable, su nombre es Ramiro.

Ramiro era asturiano, de un pueblo perdido en los Picos de Europa limítrofe con Cantabria. Nunca había conocido a nadie de esos parajes y que hablara tan raro, pues, de vez en cuando, entre palabras, metía algún término en *bable*. Ramiro medía alrededor de 1,70 y pesar debía rondar los 65 kilos, el pelo lo llevaba siempre de punta, con una peculiar coletilla que no pasaba desapercibida, andaba en plan chulito y sus pintas eran siempre modernas, yo creo que la ropa la debía comprar en el Pull & Bear, tenía un *piercing* en la

parte inferior del labio y el acento denotaba su procedencia asturiana. Cuando lo conocí teníamos la misma edad, 20 años.

Pero Ramiro tenía una diferenciación que le hacía ser distinto, ya que desde muy pequeño no distinguía los colores, sus padres decían que su abuelo era daltónico y que lo había heredado genéticamente. Lo cierto es que Ramiro tenía una carencia genética en el sentido visual que no le permitía diferenciar los colores, solo distinguía tonalidades: claro y oscuro, lo veía todo como una película de blanco y negro. Podemos decir que era totalmente daltónico.

El daltonismo es un defecto genético que consiste en la imposibilidad de distinguir los colores. Aunque ningún [daltónico](#) confunde los mismos colores que otros, incluso pertenecientes a la misma familia, es muy frecuente que confundan el [verde](#) y el [rojo](#), sin embargo, pueden ver más matices del [violeta](#) que las personas de visión normal y son capaces de distinguir objetos camuflados. También hay casos en los que la incidencia de la luz puede hacer que varíe el color que ve el daltónico.

El defecto genético es [hereditario](#) y se transmite por un [alelo recesivo](#) ligado al [cromosoma](#) x. Si un varón hereda un cromosoma y con esta deficiencia será daltónico, en cambio en el caso de las mujeres sólo serán daltónicas si sus dos cromosomas x tienen la deficiencia, en caso contrario serán sólo portadoras, pudiendo transmitirlo a su descendencia. Esto produce un notable predominio de varones entre la población afectada. La transmisión genética es igual que en la [hemofilia](#) excepto en que existen mujeres daltonianas.

Ramiro había estudiado BUP en Gijón pero sacó muy malas notas, en eso nos parecíamos, así que al terminar COU no tenía la posibilidad de estudiar una carrera que le satisficiera en la Universidad Pública de Oviedo. La mayoría de los compañeros del Instituto “Rey Pelayo” de Gijón se iban a estudiar Ciencias Empresariales o Derecho al Campus Universitario de Oviedo pero Ramiro lo que quería era explorar mundo y su máxima ilusión era estudiar en Madrid, donde nunca había estado. Además no tenía preferencia por ninguna carrera en especial y al no tener aprobada la selectividad tenía que estudiar en un centro privado.

Nuestro protagonista no tiene hermanos, sus padres están jubilados, ya que su padre fue minero en la cuenca minera asturiana y con 50 años le jubilaron con una buena indemnización y paga mensual, lo que permitió a su hijo estudiar en Gijón con todo tipo de lujos y caprichos. Hasta la fecha habían sido los mejores años de Ramiro, pues en el pueblo se encontraba muy limitado en todos los sentidos.

Así que tras mucho analizar la situación y convencer a sus padres, decidieron que estudiara Publicidad y Relaciones Públicas en un Centro privado de la capital se España, lo que supuso una enorme satisfacción para Ramiro. El lugar elegido fue un Centro especializado privado de la zona norte de Madrid.

Ahora lo que quedaba era buscar un Colegio Mayor donde vivir. Estuvo viendo varios por la zona de Ciudad Universitaria, pero al final se decidió por una

residencia universitaria llamada ARTI situada en la Gran Vía, en pleno centro de Madrid.

Llegó septiembre y empezaron los preparativos para su marcha a Madrid. Lo que le esperaba era un año cargado de cachondeo, fiestas, partidos de fútbol, noches de juerga, estudio lo justo, desenfreno, ligoteo, nuevas experiencias, felicidad, libertad, etcétera.

Estaba nervioso ante su nueva vida, pues el empezar a vivir con gente que no conocía tanto en un Centro de estudios como en una residencia era una novedad. Suerte que tenía amigos del pueblo y Gijón que se fueron a estudiar a Madrid con los que podía quedar los fines de semana para salir o distraerse.

Las clases empezaban un martes y los días anteriores se despidió de los amigos del pueblo por todo lo grande, estos estaban un poco tristes ante la marcha, pero más de uno lo que tenía era envidia de ver como ellos se quedaban y Ramiro se iba.

Empezaban lo que a la postre han sido los mejores años de su vida.

Paralelamente yo había llegado a la Residencia unos días antes que Ramiro y con expectativas muy similares. Además, mi situación personal era muy parecida a la suya, se podía decir que éramos dos almas gemelas.

Las clases de Ramiro empezaban un martes a las 09:00 horas y sus padres le dejaron en la residencia el día anterior por la tarde.

La habitación donde residiría su primer año era fantástica, grande, con dos camas, baño, ya que por insistencia de sus padres aceptó una habitación doble. La habitación daba a la Gran Vía y estaba en un séptimo piso, habitación 710, por lo que las vistas eran estupendas, se veía toda La Gran Vía desde Plaza de España a Callao. Uno de los divertimentos preferidos los primeros días era escupir desde el pequeño balcón a los viandantes y ver como el escupitajo caía desecho en sus cabezas, ante el asombro de los peatones.

Los primeros días en Madrid fueron inolvidables, pues en comparación con el pueblo había muchísimo colorido, destellos de luz por todos lados, crisol de colores, erosión de tonalidades que, a pesar de su defecto, no pasaban desapercibidas.

El recepcionista había comentado que el compañero que le había tocado era de Murcia, se llamaba Manuel y se incorporaba esa misma noche a la habitación. Ramiro pasó la tarde acondicionándola y con la intriga de no saber cómo iba a ser su compañero durante todo el curso. Hasta que sonó la puerta y entró un personaje de baja estatura, delgado, con el pelo aplastado y moreno, gafas anchas, algún que otro grano en la cara y con una cara de bobo que no se la quitaban ni a ostias. Su primera impresión fue: ¡Dios mío, lo que me ha tocado! Pues pensaba que le iba a tocar un chico de su calaña, con experiencia en el asunto de mujeres y que pudiera introducirle sin problemas en el

ambiente de las féminas de la residencia, con la intención de echar algún que otro polvete. Ramiro, a cambio, le proporcionaría alguna que otra sustancia ilegal, para que fardara con sus colegas del compañero enrollao y malote que tenía.

Pero el notas, ante su asombro, le contó que estudiaba derecho, y que era su segundo año en la residencia, lo que llevó a deducir que los de dirección le debieron de ver cara de gilipollas y le encasquetaron al mayor atontao de la residencia. Se instaló en la cama que estaba a la derecha y empezó a pensar que como se pusiera tonto le metía dos ostias que le enviaba a su pueblo, pues no había venido hasta Madrid a desparramar para que un payaso se lo chafara.

Al rato de instalarse el murciano, hasta entonces no había conocido a nadie de esa tierra, bajaron a cenar. Para su sorpresa había hamburguesa, que no le gusta, e hizo que las primeras horas de estancia en Madrid fueran un verdadero desastre. El comedor era grande y cómodo, la comida era estilo *buffete*, aunque ese día solo había un plato debido a que era poca la gente que se había incorporado. Se sentaron con unos chicos que Manuel conocía y empezaron hablar de cómo les había ido el verano, Ramiro sólo abrió la boca para decir de dónde era y lo que estudiaba. Se comió la mierda de hamburguesa a duras penas mientras observaba a un par de chicas que se sentaron en la mesa de al lado, con el rostro moreno y con acento canario que delataba su procedencia.

Después del postre, manzana, se retiró a la habitación pensando en lo duro que sería el día siguiente. Estuvo escuchando los deportes por la radio hasta las 00:30 que se acostó, pero no conseguía conciliar el sueño, ya que los nervios y el ruido de los coches de la Gran Vía no lo dejaban dormir.

A las 7:30 horas sonó el despertador. Se vistió con zapatos, vaqueros y polo de manga corta. Bajó a desayunar y apreció que había poca gente en el comedor, así que tomó un café con leche con un par de tostadas y se sentó con una chica que aunque no estaba muy buena parecía simpática. Le empezó a preguntar de dónde era y enseguida notó su nerviosismo. Le dio ánimos y con sus últimos consejos se dispuso a coger el metro.

Nada más entrar en el metro de Santo Domingo observó a un tío tirado en la escalera con una jeringuilla pinchada en la vena. Esto le terminó de despertar del letargo totalmente al ver una imagen que había visto muchas veces en la televisión pero que en la realidad impresionaba. Además, era la primera vez que cogía el metro. Fue inolvidable.

Ese día el metro estaba asqueroso de gente, pero lo cierto es que siempre estaba igual y le costó varias semanas acostumbrarse. Llegó con diez minutos de antelación a la Universidad, encontró la clase sin problemas y se sentó con un chico que estaba en una mesa sola y comenzaron a hablar.

Le comentó que no tenía nota de selectividad y había acabado allí por referencias de un amigo, y Ramiro le contestó con argumentos similares. Al

poco tiempo de empezar a estudiar descubrió que la mayoría de los compañeros estaban por los mismos motivos, pues eran malos estudiantes y no tenían nota para estudiar otra carrera en la Universidad Pública.

El primer día se hizo eterno y el tiempo de descanso que duraba treinta minutos lo aprovechó para dar una vuelta por la zona y conocer las proximidades, y seguir pensando en la imagen del *jonki* del metro, que no conseguía quitar de la cabeza.

Cuando acabaron las clases se dirigió a la residencia, dejó la carpeta en la habitación y bajó a comer. Había spaghetti y pollo asado, pensó que lo habían hecho para impresionar a los estudiantes nuevos. Y llegó unos de los momentos más importantes, sentarse en una mesa, pues es una decisión determinante de cara a conseguir amistades. Vio a un chico al fondo del comedor que estaba solo y se sentó con él. Después de acomodarse y dar los primeros saludos de rigor comenzaron a charlar de su respectiva procedencia y estudios que cursaban. El chaval era de Arévalo y se llamaba Javi, era bastante simpático y tenía buenos puntos. Al rato llegó su compañero de habitación, Paco, de Xerez y era otro cachondo. Se lo pasó bien durante la comida y pensó que ya tenía nuevos amigos para charlar.

La tarde la pasó de paseo por la zona centro: Callao, Princesa, Puerta del sol, Plaza de Oriente, etc. Anonadado en todo momento del ambiente que reinaba en Madrid y empezó a acostumbrarse al ambiente del que iba a ser su barrio durante los próximos años.

Ramiro había estado alguna vez en Bilbao pero Madrid era muy distinto: mucha diversidad cultural, personajes, gentes con pintas de todo tipo, maleantes, jonkis, hippies, heavies, punks, extranjeros, pobres, mendigos... cada vez que sonaba una ambulancia o la sirena de la Policía miraba a ver que pasaba como si estuviera en el pueblo, pues a pesar de que Ramiro era muy moderno nunca dejó de ser de pueblo.

A la hora de cenar se sentó solo en una mesa, pues no veía a los nuevos amigos ni al compañero de habitación, hasta que vio aproximarse al comedor a un personaje alto, flaco, con un gorro tipo *Sherlock Holmes* y perilla alargada. Pensó para sus adentros: ¡vaya personaje, de dónde habrá salido!, a lo que el susodicho individuo se acercó hacia su mesa y se sentó. Sin decir palabra se presentó como Román, de Barcelona, lo que le sorprendió, pues al ser Ramiro un fanático del Real Madrid pensaba que él sería del Barça. Pero “las apariencias engañan” y Román desde el primer momento le cayó bien, porque tenían muchos puntos en común.

Los días pasaban y se estaba adaptando bien a su nueva ciudad. Por las mañanas iba a todas las clases y por la tarde estudiaba porque sus padres estaban haciendo un gran esfuerzo económico y no les podía fallar. Seguía conociendo a los compañeros de residencia y llegó a conocer a todos, salvo alguna que otra chica.

Paco, Javi, Román y Ramiro se hicieron buenos amigos y más tarde se unió a la pandilla Ángel, un alicantino que estudiaba Bellas Artes y que se hospedaba

en una habitación próxima a la de Ramiro. Lo que hacía que se pasara muchas tardes en su habitación viendo cómo pintaba, pues era un verdadero artista. Tenía un compañero de Sonseca al que vacilaba especialmente y, a pesar de todo, le trajo una caja de mazapán de su pueblo para Navidades.

Al iniciarse el curso hubo la primera reunión de alumnos con el director para intercambiar pareceres y conocerse, al final de la misma cada uno de nosotros tubo que presentarse individualmente, entre vergüenza de unos y carcajadas de otros. Allí fue la primera vez que aprecié la personalidad de Ramiro. Yo desde las últimas sillas seguía sus movimientos, sus risas, miradas picaronas, bostezos, gestos... pero todavía no había cruzado una sola palabra con él.

El resto de vecinos de la Resi ARTI eran fantásticos: Josu el bilbaino que llevaba siempre unas pintas que daban ganas de darle un limosna, a pesar de estudiar en el CEU, Juan alias "el enterrador", le llamábamos así por su vestimenta tremebunda y misteriosa, "la abuela" un tipejo de Zaragoza que su denominación venía dada por la cantidad de años que tenía, el vigués Pérez-Fontán que era piloto de coches de carreras y casi nunca estaba en la Resi, El Perro, un personaje que siempre me saludaba pero que nunca llegue hablar con él, Samuel, mi compañero de fútbolín, Juanca, un murciano que solía estar siempre fumao, "los quillos" de Cádiz, los odiados "bolos", el grupo de canariones, etc.

Pero el personaje mítico por excelencia era "el bodegui" procedente de Murcia, de cinco palabras que decía cuatro eran mentira. También estaba Jesús

Carrereto que era de Santa Olalla y era el capo de toda la tropa. Después estaban los mallorquines Marc y Marco, eran unos auténticos armarios roperos y nadie les rechistaba a pesar de no hablar nunca más de la cuenta. Y no podemos olvidar al gallego Emiliano que estudiaba medicina aunque a mi parecer nunca me pondría en sus manos.

En cuanto a las chicas estaba *Juliette* la francesita que siempre estaba en recepción fumándose un piti, o Verónica carril de Villagarcía de Arosa con la que tenía una especial amistad, la vascuence Ainara, Elenita la canaria...

También hay que nombrar al klan de los talaveranos, pues éramos entre chicos y chicas unos cinco y nunca pasábamos desapercibidos e, incluso, llegamos a resultar bastante temidos por el resto de habitantes de la peculiar residencia ARTI.

Y que decir del equipo que dirigía el centro: encabezado por el Director “chuqui”, imaginaros porque le llamábamos así, su mujer Montse, los conserjes, el fantasma de Salmeron que vacilaba siempre del número de giris que se ventilaba, los guardianes de la noche que cada semana dimitía alguno, y nunca se me olvidará el jefe de cocina: Federico, siempre estaba de buen humor y complacía mis quejas sobre la comida con sugerentes platos, como chuleta a la riojana, ensalada campera, fidegua, spaghettis aceitosos, filetes empanados... y un sin fin de platos incomedibles en algunos casos y, en otros, deliciosos.

En cuanto a la Residencia estaba genial, había una sala recreativa con fútbolín y televisión que hacía las delicias de los que estudiaban poco, además siempre había alguien con quien hablar, fumar un piti, discutir, jugar a las cartas o, simplemente, pasar el rato. Otra sala de la residencia era la de video en donde había butacas y se utiliza exclusivamente para ver películas, la biblioteca en donde estudiaban los empollones o la sala informática en donde pasábamos los trabajos a ordenador.

El primer fin de semana que se quedó Ramiro en Madrid fue fantástico. Estaba todo planeado, el viernes quedó con los amigos de Gijón, el sábado con su primo Paco y su novia y el domingo iba a ir al Estadio Santiago Bernabeu por primera vez a ver al Real Madrid contra el RCD Español. Y así fue, el viernes quedaron los asturianos para salir por Moncloa, luego fueron a los bajos de Argüelles y la noche la acabaron en Alonso Martínez. Esa noche fue el punto de atracción de sus amigos, todos le preguntaban qué tal lo estaba pasando y lo cierto fue que se quedó asombrado de la marcha madrileña. Los amigos no quedaban mucho entre ellos en Madrid, pero a partir de su estancia en la capital empezaron a quedar más a menudo.

El sábado le tocaba con Paco y su nueva novia, salieron por la zona de huertas y le gustó bastante, además era distinto al rollo del día anterior en Moncloa. Pero llegó el domingo, el día más esperado por Ramiro, se fue solo a presenciar un Real Madrid–Español en el que ganaron por 3-0 y disfrutó en grande con los goles del equipo blanco. Esa temporada fue a ver alrededor de

diez partidos al Bernabeu, pues siempre que la economía se lo permitía se acercaba a ver al club de sus amores.

Hasta que una tarde insulsa y anodina estaba solo en la sala recreativa de la residencia fumando un pitillo y entro Ramiro por la puerta. No saludó, pero yo le dije un caluroso:

- ¡Hola macho!

A lo que contestó:

- ¡Que pasa tronco!

Me pidió un cigarro que cogió con desprecio. Se puso a ver la TV mientras yo hacía con que leía el periódico, le oía de fondo mientras pasaba compulsivamente canales:

- ¡Vaya mierda de programación!

Hasta que lo dejó en un programa de esos de cotilleos. Tras terminar su piti se levantó y empezó a mirar por la ventana. En ese momento tenía encima de la mesa el juego de las tres en rayas y me propuse retarle a una partida, a lo que accedió.

Cuando se sentó aproveche para presentarme: soy Sergio de Talavera, a lo que me contestó chocando la mano: Ramiro de Asturias.

Tras iniciar la partida empecé a realizar jugadas en línea tanto en horizontal, vertical y transversal sin ningún problema ante el asombro de mi oponente que hacía jugadas sin sentido e ilógicas. Hasta que le pregunte:

- ¿Ramiro que movimientos más raros haces?

Y este con un gesto de rabia me comentó:

- Joder, es que soy daltónico y veo todas las fichas igual.

Ante mi asombro solo pude reaccionar frunciendo el ceño y quitándole importancia a lo sucedido. No quise decir nada pero la curiosidad me corroía por dentro y sin mediar palabra me empezó a contar que era un defecto que tenía desde pequeño y que hasta la fecha no le había ocasionado ningún problema vital.

Yo le preguntaba un sin fin de incógnitas sobre su percepción de los colores e, incluso, me hubiera gustado por un momento ser Ramiro para ver el mundo de otro color, pero tras varias consultas noté una desazón en sus respuestas.

A partir de aquel día imborrable mi visión de Ramiro cambió.

Ramiro llevaba bien los estudios, pues la carrera no requería estudiar mucho y lo más importante era el trabajo diario y la asistencia a clase. Una vez al mes iba al pueblo para ver a sus padres, que estos le dieran dinero y que su madre lavara la ropa sucia. También quedaba con los amigos para dar una vuelta y tomar algo, pero la verdad es que se lo pasaba mejor en Madrid.

Con respecto a los compañeros de clase eran un poco tontos debido a que muchos de ellos eran niños de papá, lo que influía en su comportamiento. Pero Ramiro intentaba integrarse basculando por los grupos que se formaban en

clase pero sin decidirse por ninguno. Su relación con los compañeros se limitaba en la hora de clase y a la de hacer trabajos conjuntos.

En la mayoría de las asignaturas tenían que hacer trabajos para exponerlos en clase, por lo que las primeras veces se encontraba nervioso y tenso, asimismo, con lo tímido que era, hacía que las primeras exposiciones lo pasara mal. Aunque eso le vino bien en el futuro para saber hablar en público y no tener miedo en las entrevistas de trabajo y a la hora de tratar a la gente.

En mi caso, este primer año en la capital de España estuvo cargado de experiencias inolvidables que nunca olvidare, por no hablar de la multitud de salidas nocturnas junto a los amigos de la Resi, sobre todos los jueves al Palacio de Gaviria. Con los amigos del pueblo me recorrí todas las zonas de Madrid: Huertas, Moncloa, Argüelles, Malasaña, Alonso Martínez, Avda. de Brasil y algunas discotecas como Capital, el Soma o el mítico Space.

Por el contrario, Ramiro salía por la noche con un grupo de chavales de la resi algo controvertidos y disparatados con los que vivía multitud de nuevas experiencias. Además de realizar travesuras en compañía de los compis más leales de la residencia: como meterse en el ZOO de Madrid saltando una valla, colarse en el Metro, hacer multitud de simpas en los garitos, frecuentar zonas con cierta peligrosidad, visitar el Hollywood Center, algún hurto, desencuentros con las fuerzas de orden público, alguna que otra multa, peleas...

El conserje de noche siempre anotaba las llegadas nocturnas de los fiesteros y Ramiro tenía el mayor índice de salidas y llegadas a altas horas de la mañana. Por no hablar que ese primer año en Madrid tuvo dos faltas graves en la residencia, una fue por un altercado en la sala de video durante un partido de fútbol con un rival del equipo contrario, a partir de esa acción se prohibió ver fútbol en esa sala. La otra sanción fue por escándalo un día de borrachera en los desayunos montando jaleo e insultado al camarero. A partir de entonces Ramiro tuvo especial cuidado en sus actuaciones, sobre todo los días que llegaba borracho, porque con tres faltas le echaban de la residencia.

Con respecto a las chicas, Ramiro lo que quería era pasárselo bien y desparramar, lo de ligar era secundario. En este primer año se lió con un par de chicas hippies en la zona de Malasaña, ya que las de la residencia no le hacían mucho caso.

Llego el final de liga y el Real Madrid ganó una vez más, así que Ramiro lo celebró asistiendo a La Cibeles y ocasionando diversos incidentes con los antidisturbios, pues esas celebraciones ligueras estaban cargadas de altercados entre aficionados, lo que aprovechaba Ramiro para sacar toda su maldad y participar en los disturbios.

El curso universitario llegó a su fin con un sabor muy dulce por la cantidad de experiencias acaecidas y creo que Ramiro también se fue contento de su primer año fuera de casa a pesar de dos suspensos en diseño gráfico y comunicación audiovisual.

El penúltimo día me despedí de mis amigos con tristeza, pero retándonos para el siguiente curso para seguir viviendo aventuras inolvidables, como a la postre han sido. En cuanto a Ramiro no sé que día dejó Madrid y no sabía si le volvería a ver porque, a partir de la famosa partida de las tres en raya, no me volvió a dirigir la palabra.

Capítulo dos

El segundo año de nuestro protagonista en la residencia universitaria ARTI de Madrid llevó consigo el cambio a una habitación individual en la sexta planta, la 615, a pesar de que la habitación era muy pequeña y daba a un patio interior. Tenía una cama con mesilla, mesa de estudio con un armario y el servicio iba en proporción con las dimensiones de la habitación, pero a pesar de la estrechez prefería estar solo. La habitación enseguida la decoró con *posters* de Asturias y del Real Madrid.

Al ser hijo único y haber estado toda la vida solo le había afectado a la hora de ser más egoísta e individualista y por eso quería estar en una habitación individual sin tener que aguantar a nadie. Aunque en el último año había aprendido a ser más tolerante con la gente, pues en una residencia en la que vives con cien personas de toda España te enseña a ser más respetuoso y aceptar a todos por igual. Esto es una de las cosas buenas que aprendió en la estancia en una residencia universitaria en la que todos a pesar de ser de diferentes lugares podían convivir sin problemas.

En la universidad empezó a congeniar con un grupo de cuatro chavales a los que les gustaba bastante el fútbol y se hizo amigo de ellos. Creo que en este caso el Real Madrid fue el causante de que pudiera conocer nuevos amigos y se integrara con ellos.

Con los amigos de la residencia seguía congeniando y se hizo gran amigo de Paco y Javi. En cuanto a Román y Ángel se fueron juntos a un piso, al que

procuraba visitar una vez al mes, sobre todo cuando organizaban fiestas universitarias.

Por las tardes solía pasear por la zona centro para ver mundo y seguir impregnándose de la diversidad cultural de la ciudad, además su condición de daltónico le ayudaba a la hora de ver los contrastes en las diversas gamas de colores, pues La Gran Vía madrileña esta llena de rótulos luminosos que Ramiro observaba con especial atención, sin saber realmente que colores estaba percibiendo.

En cuanto a las salidas nocturnas de los fines de semana las reanudó con muchas ganas, sobre todo visitando poblaciones limítrofes a Madrid: Fuenlabrada, Leganés, Mostoles, Getafe, Coslada, Alcorcón... Yo, por el contrario, seguía quedando con lo amigos del pueblo en la zona de Alonso Martínez, en garitos como el sin fin, el dial, speakeasy...

Por las tardes Ramiro tenía mucho tiempo libre y se apuntó a varios cursos en su centro de estudios para adquirir formación complementaria y ampliar currículo. Debido al largo tiempo que pasaba en el Metro se aficionó a la lectura, cogía libros prestados en la Biblioteca Conde Duque, próxima a la residencia, para pasar el camino lo mejor posible, pero lo cierto es que cuando acabaron los cursos seguía leyendo en los ratos libres.

Su percepción daltónica le llevaba en algunas ocasiones a combinar la ropa de una forma algo estrafalaria, generalmente siempre iba de negro, hasta que por

medio de su compañero de fútbol me enteré que tenía la ropa etiquetada para saber con qué debía combinarla. Aunque en algunas ocasiones la genética le jugaba una mala pasada, pues oí decir, entre carcajadas, que en cierta ocasión se confundió en las estaciones de metro y apareció en la otra punta de Madrid, ya que las líneas de metro las sabía por el número y no por el color.

De pequeño sus amigos se burlaban de él cuando tenían que colorear los dibujos en clase, pues confundía siempre colores, le supuso muchos lloriqueos. Cuando ya comprendió su carencia aprendió a tomarlo con la mayor naturalidad posible aunque en algunos casos era frustrante, como al ver los partidos de fútbol cuando los equipos tenían una indumentaria similar veía a todos los jugadores como si fueran del mismo equipo, o al ver la televisión era como si hubiera retrocedido 50 años al ver todo en blanco y negro. Con respecto a los paisajes o al campo lo veía en escala de grises y con la gente o los amigos no podía diferenciarlos por su color de ojos o pelo, esa distinción para él no existía. Sin embargo, el mar y el cielo era lo más próximo al color que veía aunque un efecto espectacular como el arco iris no lo distinguía.

Ese año llegaron caras nuevas a la residencia y algunos causaron baja, pero siempre había personajes peculiares que hacían las delicias de los más malvados.

Yo proseguía con mi vida y mis estudios con total tranquilidad visitando mi casa de Talavera cada 15 días y saliendo lo máximo posible con los amigos del

pueblo con los que había afianzado la amistad. Sin embargo, con Ramiro apenas coincidía y cuando nos cruzábamos en el pasillo simplemente gesticulaba con la cara, aunque mi opinión sobre él no cambió en absoluto, pues seguía manteniendo que era una persona que merecía la pena y, a pesar de dar imagen de macarra y déspota, en el fondo era un sentimental.

Una fecha que nunca olvidará Ramiro fue el 20 de mayo de 1998 cuando el Real Madrid ganó la séptima copa de Europa. Esa tarde quedaron gran parte de los amigos de Gijón para ver el partido en un bar de la calle Princesa. Desde el primer momento bebían cervezas sin cesar y no paraban de gritar consignas madridistas hasta que marcó el gol de la victoria Pedja Mijatovic y tubo un momento de catarsis emocional mejor que cualquier noche de borrachera. Cuando acabó el partido fueron, como el año anterior, a la Cibeles a montar bronca pero esta vez no acabaron corriendo delante de los caballos de los maderos como la celebración de la Liga. Fue una noche inolvidable.

Este segundo año no fue tan emocionante como el primero, puede ser debido a que ya estábamos asentados y las cosas no nos sorprendían tanto, aunque siempre había momentos de locura colectiva en los que guiados por el afán de descubrir emociones probábamos nuevas formulas de diversión.

Capítulo tres

Tenía veintidós años. El curso lo inicié con ganas, con el objetivo de poder aprobar todo y dejar de estudiar de una vez por todas e incorporarme al mundo laboral, estaba cansado de una larga vida dedicada a los estudios y lo que quería era trabajar y, a ser posible, en Madrid, pues no quería volver a Talavera.

Ramiro repetía en la misma habitación del año anterior, pues le gustaba mucho por su tranquilidad nocturna, ya que habitualmente tenía problemas para conciliar el sueño y se había acostumbrado a ella. Llegaron compañeros nuevos, como Toni, un chico Valenciano con el que hizo gran amistad e, incluso, llegó a visitar un fin de semana su casa en Valencia. Una de las coincidencias que tuvo con él fue que les gustaba la música *dance* y en varias ocasiones salieron de fiesta a la matinee del space.

Seguía su amistad con Javi y Paco dentro de la residencia y fuera de ella con los ex compañeros Román y Ángel. Salía todos los fines de semana, siempre que la economía lo permitía: Moncloa, Alonso Martínez, Huertas, los bajos de Argüelles, etc. Y algunas veces por Fuenlabrada, Leganés, Mostoles, Getafe, etc.

Por las tardes seguía leyendo novelas y escuchaba mucha música (Extremoduro, Reincidentes, Platero y tu, Marea, La Fuga, etc.) y dar vueltas por la Gran Vía. Le encantaba subir hasta la plaza de Callao y luego bajar por la otra acera hasta plaza de España disfrutando de un helado o pasar la tarde

en compañía de una litrona tirado en el césped de templo de Debod viendo el atardecer. Eran cosas que en el pueblo no podía hacer y a Ramiro le fascinaba.

Con respecto a sus asistencias al Santiago Bernabeu descendieron considerablemente, prefería destinar el dinero a salir de marcha y otros vicios antes que ir al fútbol, además la mente la tenía ocupada con una chica de la residencia que le tenía loco pero no se decidía a atacarla.

En los últimos tres meses de curso empecé a trabajar de prácticas en una empresa consultora en el departamento de marketing. Me venía genial para adquirir experiencia y empezar de alguna forma la vida laboral pero la verdad es que aprendí poco y el trabajo era un verdadero aburrimiento, lo bueno era que tenía toda la tarde libre para vagar y aprovechar los últimos momentos de carrera como estudiante.

Los estudios los terminé con todas las materias aprobadas a expensas de presentar el proyecto fin de carrera después del verano, había pensado aprovechar los meses de julio y agosto para sacarme el carné de conducir en el pueblo y empezar a enviar curriculums a empresas de Madrid con vistas a volver en un corto periodo de tiempo. Esos últimos días los dediqué a disfrutar de lo que había sido mi barrio y mi ciudad durante 3 años saliendo lo máximo posible y he de reconocer que en algunos instantes me arrepentí de no haber elegido una carrera más larga.

De lo que nunca se olvidara Ramiro es del último fin de semana en la residencia. Pues el jueves de finales de junio de 1999 se celebraba la cena de fin de curso en la residencia y luego había una fiesta solo para los residentes en un pub de Moncloa. Ramiro tenía pensado ir a la cena pero luego no acudir a la fiesta porque al día siguiente tenía el examen final de Inglés. Pero Paco y Javi lo convencieron para que saliera un rato y se tomara solo una copa con ellos a modo de despedida. Lo cierto es que al final se le fue de las manos y se acostó a las tantas, también fue debido a que se enrolló con una chica canaria con la que había estado coqueteando todo el año y ese último día aprovecho para tirarla los tejos.

Al día siguiente se levantó arrepintiéndose de no haberse acostado antes para estar más despejado para el examen de ese día, pero aunque no hubiera salido el examen le hubiera salido igual de mal. Así que estaba seguro que la asignatura de inglés le quedaba para septiembre y ahora solo faltaba saber el resto de notas y rezar.

Salió muy cabreado del examen pero se le pasó en el momento en que lo llamó el amigo valenciano para salir por la noche, se le quitó la mala cara y ahora solo pensaba en aprovechar las últimas horas en Madrid. Salieron esa noche los dos solos por Moncloa y luego por la mañana fueron al Soma en la calle Leganitos.

Al día siguiente después de haberse despedido del valenciano e intercambiado las señas de sus casas y prometer volver a verse se dispuso a salir con los

amigos del pueblo y pillar un gran pedo a modo de despedida. Y así fue, se pilló una borrachera terrorífica que acabó en vómitos en el servicio de la habitación y una resaca de escándalo como despedida del tercer curso.

En mi caso, mi último día de estancia en Madrid lo pase recogiendo mis cosas personales y recordando viejos momentos vividos en la residencia.

Esa noche tardé en dormirme, no paraba de dar vueltas a la cantidad de aventuras acontecidas esos últimos años. A la mañana siguiente fui a saludar a los compañeros más íntimos. Me dio mucha pena despedirme de los que habían sido los mejores amigos en la residencia aunque quedamos en llamarnos más adelante y no perder la amistad.

Cuando salí de la habitación con las maletas solté alguna lágrima, pues eran muchas las aventuras vividas esos años y presentía que no volverían a pasar. Pero me consolaba pensar que los había aprovechado al máximo y mi pensamiento era encontrar un trabajo y volver a Madrid. Pero eso nunca ocurrió.

Ramiro continuaba un año más, puesto que su carrera duraba 4 años y espero, de todo corazón, que lo haya aprovechado al máximo. En algunos momentos de nostalgia me acuerdo de esos años pasados, hasta el día de hoy los mejores años de mi vida, en donde la libertad y las ganas por vivir eran mi inseparable compañía. Nada de problemas, nada de obstáculos, nada de inquietudes, nada de inconvenientes. Pero los tiempos pasan y lo principal ha

sido mantener el recuerdo de esos años y de la gente que conocí, entre ellos Ramiro.

A Ramiro el daltonismo le hacía percibir la vida de otra manera. Pero esa carencia no le hacía ser más vulnerable, sino muy especial. En los días de tristeza y soledad me acuerdo con melancolía de aquellos maravillosos años vividos en Madrid en los que éramos tan felices que nada ni nadie podía con nosotros.

Ramiro aprendió muchas cosas de la esencia de vivir, experimentó emociones nuevas, aventuras extremas, situaciones complicadas, acontecimientos insólitos, ocurrencias disparatadas, en definitiva, recuerdos inolvidables; pero lo más importante es que a pesar de no entender de colores, Ramiro durante esos años de estancia en Madrid cargados de sentimientos y emociones aprendió algo más importante: de la vida.